

nados como los nuestros, pero siempre eran preferibles á los espantosos *perekladnas*. Además, no teníamos derecho á ser melindrosas; era preciso llevar el mal con paciencia, y á cada parada transportar los equipajes de un trineo á otro, lo cual teníamos que hacer nosotras mismas, pues ni teníamos criado ni doncella. Estábamos torpes en estas faenas groseras, pero la necesidad era imperiosa.

El resto de nuestro viaje fue mas tolerable: los trineos eran soportables, y no nos veíamos obligadas á cambiar á cada etapa.

Tobolsk.

Un mes duró el viaje: salidas el 11 de marzo, llegábamos á nuestro destino el 11 de abril de 1839.

Tobolsk es la capital de la Siberia occidental.

Aunque ya se sentía el calorillo de la primavera, el suelo estaba aun cubierto de nieve, y de las montañas bajaban torrentes producidos por el deshielo.

Cumplidas las formalidades oficiales, nos establecimos en una posada (*Gastinuitza*) destinada á los viajeros.

Al hallarme en una habitacion decente y que iba á pertenecerme, esperímenté vivísimo placer. Al fin podia disponer de mi tiempo, ocuparme, y sobre todo, no estaria ya á las órdenes de un postillon de mal génio; no oiria ya el ágrío y monótono sonido de los cascabeles del trineo. Seria casi libre, casi dichosa, y tendria el reposo, ó por mejor decir, la libertad del pensamiento.

¡Ay! En medio del placer de poder gustar un poco de tranquilidad y bienestar, habia olvidado que pronto seria necesario partir de nuevo; pues, como al pobre judío errante, se nos decia: «¡Anda, anda!» Tal era nuestra fatal divisa. ¿Quién podia prever cuál era el término, el fin de nuestro destierro? Nos hicieron quedar en Tobolsk porque los elementos nos acordaron su siniestra proteccion. La crecida de los rios y los torrentes invadian todo el pais con espantosos bramidos, y era imposible ponerse en camino. Era, pues, necesario esperar el momentó en que los rios comenzasen á descender.

En cuanto me ví instalada en mi habitacion traté de procurarme ocupaciones. Habia yo traído conmigo algunos libros *permitidos*, pensando que serian un gran recurso; pero la Providencia me reservaba inesperados consuelos, y encontré en Tobolsk varios de mis compatriotas, venidos de la Posnania, de la Wolhynia, de Wilna, etc. Nos habian precedido en el destierro una semana: todos estábamos bajo el peso de la misma desgracia, y á todos nos unia la misma fé política, el mismo amor á la patria. Esta misma comunión de sentimientos y pensamientos hacia de nosotros una sola familia, y esperímentábamos pla-

cer tan grande al estrecharnos la mano, que nos parecia tener un valor superior á todas las pruebas que nos estaban reservadas.

La vida de una posada, que por comparacion nos habia parecido soportable al principio, no tardó en disgustarnos, y la pequeña colonia decidió alquilar una casa, para formar una especie de falansterio.

La nieve se derretia conforme iba adelantando la primavera, y las calles empezaban á estar practicable; cosa que deseábamos mucho, pues hasta entonces nos habia sido imposible salir de casa; pero nosotros habitábamos en la parte baja de la ciudad, cuyas calles no están empedradas, cuya falta se suple con vigas, de forma que la circulacion cuando el tiempo es malo, se hace muy difícil. Al fin, pudimos dar algunos paseos, y ver algunas personas que se nos habian recomendado.

Tobolsk está situado en la orilla derecha del Irtich; la mayor parte de sus casas son de madera, y no están pintadas esteriormente, lo cual da un aspecto sombrío á la poblacion. Las iglesias, que á lo que creo son en número de diez, están construidas de piedra. Por lo demás, si se distingue algun palacio de ladrillo, pertenece al Estado ó á algun comerciante rico.

La casa de la ciudad es de notable arquitectura. Tambien se enseña, como otra de las curiosidades de Tobolsk, una casa construida por los prisioneros suecos, deportados despues de la célebre victoria de Poltava.

No debo olvidarme de mencionar el palacio episcopal, que, por su admirable posicion, domina toda la ciudad; pues está situado sobre un montículo, y forma parte de lo que se llama la ciudad alta.

La ciudad baja se estiende en una gran llanura que corta el Irtisch con un curso sinuoso; y llega hasta la orilla del rio, lo que hace á las casas deliciosas en verano; pero tristes y húmedas en invierno. El terreno, falto de accidentes, presenta una línea recta, de aspecto monótono. Hay tal uniformidad en la alineacion de las calles, que fácilmente se estravía en ellas un extranjero.

Los desterrados.

En uno de mis paseos, acompañada de mis compatriotas, fuí á hacer una visita á Severino Krzyzanowski, á quien tenia sujeto en casa una parálisis de las piernas. Una de mis compañeras se adelantó para anunciar nuestra visita al coronel, y le encontramos sentado en un gran sillón á lo Voltaire. A pesar de sus padecimientos físicos y morales, habia en su traje y compostura cierto refinamiento; su camisa, aunque muy usada, resplandecia de blancura; sus largos cabellos blancos le caian sobre los hombros, con cuidado y limpieza. En su rostro, cu-

bierto de palidez mate, se leia la espresion de la desesperacion; sus labios delgados y pálidos parecian no haber sonreído jamás; sus ojos apagados, sin mirada, causaban pena de ver... Nosotros no nos atrevíamos á hablar, y permanecíamos en pie, sin acercarnos á aquel mártir, cuyo aspecto nos penetraba de tristeza y de respeto.

De pronto se notó un temblor convulsivo en las manos del coronel, é hizo una seña que indicaba queria hablar; pero su emocion le embargó la voz; é hizo otra seña para invitarnos á que nos acercásemos á él. Sus ojos se inundaron de lágrimas, indicio de que se iluminaba su espíritu, pero con luz fugitiva que no debia durar mas que la emocion. Poco á poco fue tomando posesion de sí mismo; volvió á él la lucidez, y se entabló la conversacion.

No ignoraba que debíamos ir á Berezow, punto de nuestro verdadero destino; y nos dijo que habia vivido allí catorce meses, recomendándonos que nos alojásemos en la casa que él habia habitado, y de que conservaba buen recuerdo. «Sobre todo, añadió, no concedais ninguna confianza á las relaciones exageradas ó falsas de los viajeros. Os dirán que los berezowianos son inhumanos, salvajes, crueles, y... ¡qué sé yo qué mas! No creais una palabra de todo esto: sus costumbres, por el contrario, son pacíficas, son hospitalarios, buenos y sinceros...» Todo esto apenas era articulado. Véase que cada palabra que pronunciaba le costaba grandes esfuerzos; y ya empezaba á turbarse su inteligencia. Hablando de Berezow, se presentaban á su memoria Francia é Italia, países que habia conocido en mejores dias; y todo se confundia en su mente. Nos aseguró que encontraríamos en Berezow frutas sabrosas y exquisitas: uvas, sandías, melones... en fin, todas esas frutas que solo se producen en climas meridionales.

Conociendo que íbamos á despedirnos, puso su mano sobre la mia, y dijo: «Mas tiempo aun...» Este fue el último soplo de su razon. Nos separamos del coronel prometiéndonos no renovar tan desgarradoras entrevistas. Teníamos el corazón lleno de amargura, y no habíamos llevado ningun consuelo al ilustre víctima.

Para disipar tan triste impresion, nos fuimos á dar una vuelta por la orilla del Irtisch. Las aguas que se habian desbordado en la llanura, ofrecian á la vista un magnífico espectáculo; y no nos cansábamos de admirar el cielo que proyectaba rasgos luminosos sobre aquella límpida superficie. Antes de volver á casa, quisimos visitar el jardín público, que no carece de cierta elegancia: sus alamedas están enarenadas y plantadas de álamos blancos; pero los árboles aun no tenian hojas, y dejamos para mas adelante dar otro paseo por aquel jardín sin florecer y sin hojas en aquella estacion.

Al dia siguiente, cuando acabábamos de comer, paró á nuestra puerta una *doroschka* tirada por dos caballos; y nosotros salimos á la ventana para ver qué visita nos llegaba. En el género de vida que llevábamos, cualquier cosa es un acontecimiento; y vimos al coronel Krzyzanowski en el fondo del carruaje. Al momento bajó Mr. Marchocki para ayudar al coronel, y todos le salimos al encuentro. Mis compatriotas cogieron en brazos al impotente anciano, y con las mayores precauciones, subieron sin accidente á nuestro segundo piso. Era tan modesto nuestro mueblaje, que ni siquiera teníamos un sillón que ofrecer al enfermo, á quien tuvimos que colocar sobre una cama. En el estado del coronel se observaba mejoría: el dia anterior apenas podia articular una palabra, y en esta ocasion hablaba casi con facilidad; parecia como que nos queria consolar de nuestras tristes y recientes impresiones. Tenia vivacidad y elocuencia, y algunas veces, allá á su manera de espresarse, se conocia que queria sacar partido de uno de sus raros momentos lúcidos. Habló de diferentes asuntos y comenzó á referir algunas cosas que no acabó: la ilacion se le escapaba; pero, sin embargo, habia una apariencia de tranquilidad y de razon en lo que decia. Poco á poco fueron turbándose sus ideas, se puso triste, sus ojos se oscurecieron, y suspiró dolorosamente, como si sintiese los estragos que habia sufrido su inteligencia. Entonces tomó un tono confidencial, bajó la voz y nos habló de espíritus invisibles que le rodeaban dia y noche. «Esos bienaventurados espíritus, nos dijo, me hacen oír cánticos melodiosos; he conservado en la memoria las palabras y la suave armonía de sus cantos celestes; os los enseñaré á vos, señora Felinska, y vos los enseñareis á nuestros compatriotas. Es cosa que viene del cielo, y vos debeis dar á Polonia lo que el cielo os da...» Despues habló del porvenir de Polonia; pero este fue el último esfuerzo de su razon... todos lloramos: ese gran víctima del destierro y de las persecuciones moscovitas nos partia el corazón. ¡Nosotros conservábamos el destierro: primera etapa; él le concluia por el martirio!

El criado que le habia acompañado, se presentó para recordar al coronel que era ya tiempo de marcharse. Nuestra despedida fue dolorosa; y el pobre enfermo recobró bastante presencia de espíritu para decir: «Hasta la vista... aquí ó allá arriba.»

La verdadera primavera, y no la primavera engañosa de Rusia, aparecia. Un sol ardiente derretia las nieves, y el Irtisch, arrastraba ya en sus corrientes grandes pedazos de hielo. ¡Ay! Esta era para nosotros la señal de partida, y ya nos parecia oír la voz del postillon y el sonido de los cascabeles.

El rio estaba ya encauzado por algunos sitios: bloques de hielo de extraordinario tamaño se desliza-

ban magestuosamente despues de haberse desprendido con estrépito espantable. Las aguas mas cercanas á las orillas estaban libres de obstáculos, y se veia multitud de barcas dirigidas por hombres y mujeres, surcando el rio. En fin, habian reaparecido el movimiento y la animacion.

El 15 de mayo, estaba Tobolsk en plena florecencia: la ciudad negruzca habia tomado cierto aire de fiesta; los céspedes habian borrado las huellas de la

nieve; los árboles desplegaban sus hojas; una tibia brisa nos traia balsámicos perfumes... tambien allí es bienhechora la naturaleza.

La bondad del tiempo nos determinó á hacer una escursion en la ciudad alta, de la que creo no haber hablado aun. Está situada en una altura y rodeada de murallas cortadas en la roca; los profundos fosos que la rodean la hacen de difícil acceso. Para llegar al pie de las murallas, es necesario subir cien gra-



Mujeres y niño de Berezow.—Traje de verano.

das de una escalera perpendicular; y en cuanto á los carruajes tienen que atravesar un puente echado sobre el foso.

En una calle solitaria vimos un pabelloncito á la sombra de algunos álamos blancos. Su aspecto era lindo, por su elegante ornamentacion y por su buen gusto original. En el esterior de esta habitacion se notaba cierta cosa muy europea.—«¿De quién es este pabellon? preguntamos á nuestro guia.—«De un polaco deportado, que se llama A. Ceyzik,» nos respondió.

La ocasion era demasiado propicia para que dejásemos de aprovecharla: no debe andarse en juegos con la casualidad, pues no siempre se nos muestra favorable. Fuimos, pues, á llamar á la puerta de nuestro célebre compatriota.

Ceyzik es un escultor de mérito distinguido, cuyas obras le sobrevivirán; pero el destierro, gran maestro que os educa si por ventura no os aplasta, le ha hecho arquitecto y jardinero. El es quien ha construido el pabellon en que habita; él quien cultiva sus flores; él quien ha creado una Polonia en aquella árida tierra. Su invernáculo es una maravilla de dificultades vencidas. Nosotros simpatizamos con el hombre valeroso, y admiramos el genio del artista.

Las esculturas de Ceyzik son apreciadas en todas partes, y aun en Siberia mismo. Cuando estuvo allí el heredero presunto del imperio, encomendaron los comerciantes á Ceyzik la gran pieza de vajilla que debia ocupar el centro de la mesa en la comida ofrecida al príncipe; y éste, segun dicen, quedó maravillado de la belleza de la obra. El gran artista no

puede atender á todas las demandas que se le hacen, y se le dirigen de todos los paises del globo: sus urnas, sus vasos de bronce y las cabezas de pipas esculpidas, se venden á peso de oro.

El dia 16 de mayo debíamos salir de Tobolsk para Berezov en un buque del negociante Braguine, pero el cargamento no estaba aun completo. Cada dia de retardo era un dia de gracia. La distancia que nos

separaba del tugor de nuestro destino, y lo desconocido de éste, nos infundia tristes presentimientos... Era como el destierro en el destierro; la separacion absoluta de todo lo que compone la vida, ó de todo lo que la sostiene en la ausencia. Ibamos á encontrar la mas cruel soledad entre un cielo inclemente y una tierra árida.

El 17 de mayo se nos dió la señal de partida.



Adoracion de las imágenes en Siberia.

Nuestros amigos se manifestaron, como siempre, perfectos con nosotros, y nos colmaron de cuidados y atenciones delicadas. Su bondad y su amistad fueron nuestra última alegría y nuestro último recuerdo amable.

El buque iba á hacer la gran pesca anual en el golfo de l'Obi; el cargameato era enorme; el material considerable; pero habian reservado para nosotros un camarote, único que habia disponible; y por tanto, por pequeño que fuera, debíamos contentarnos, pues al menos nos ponía al abrigo de la curiosidad de los pasajeros, y de la grosería de la tripulacion.

Tres disparos de fusil dieron la señal. Nuestros amigos bajaron á la lancha despues de habernos estrechado las manos con fuerza... Ni una palabra se pronunció... Todo habia concluido: ya no nos quedaba mas esperanza que Dios.

Partida de Tobolsk.

Eran las diez de la noche: las brisas de una noche tranquila nos traian las frescas emanaciones de los álamos. Poco á poco las márgenes del Irtisch, toman aspecto de niebla trasparente, hasta que desaparecian: el cielo, todo sembrado de estrellas, nos inundaba con su brillo suave... ¡Ah! cada surco de la

nave, me alejaba mas y mas de todas las afecciones de mi corazon, me separaba mas irrevocablemente de Polonia: ¡noche de maldicion y de tisteza, cuyo recuerdo no se borrará jamás de mi memoria.

Mi compañera de destierro y yo, permanecemos sobre cubierta, sin decirnos una palabra, como si temiésemos comunicarnos nuestros recelos sobre el porvenir.

Avanzando la noche y la oscuridad, se hacia mas profundo el silencio en torno nuestro: los pasajeros y la tripulacion, escepto los hombres de servicio, se habian entregado al sueño; y nosotros, con los ojos fijos en el espacio, pugnábamos por retener los objetos que se alejaban, y no distinguíamos ya mas que las lucecitas que se escapaban á trecho en trecho de las cabañas trátaras.

En medio de aquella solemne soledad, pensaba yo en los tiempos pasados, y meditaba sobre los azares humanos; pero penetrada por la intensidad del frio de la noche, hube bajar al camarote, donde vanamente invoqué el sueño.

Al despuntar la aurora, habiendo yo contado todas las horas de la noche, me vestí y subí á cubierta para ver el aspecto del pais y preguntar dónde estábamos. ¡Ay! solo habíamos andado veinte *verstars*. Volví desalentado á mi pobre asilo. Pobre verdaderamente, pues no contenia mas que una silla y una cama muy mediana; sin embargo, la luz que penetraba por una ventanilla, me permitia leer y escribir.

Hacia la mitad de la mañana descubrimos las cumbres de Bronicow, y á largos intervalos algunas cabañas y tierras cultivadas; pero esas señales de vida activa eran muy raras.

Además del capitán, marineros y criados, venian en el buque dos mercaderes de Tobolsk y la señora Yaschtschenko, madre del gobernador de la Escuela militar de Berezow.

El cargamento se componia en su mayor parte de harina; y este artículo, destinado á Berezow, se cambiaba allí por pescado, y otros varios productos del pais. Los sacos de harina nos sirvieron de mucho, pues á falta de lo necesario, hicieron veces de mesa para comer y de silla donde sentarnos.

19 mayo 1839.—Escribo esta fecha, que nunca se borrará de mi memoria... Durante un espacio de tiempo, que me es imposible medir, he estado entre la vida y la muerte. Trataré de referir este acontecimiento que los míos leerán con interés, si algun dia llega este escrito á sus manos.

Comenzaba el dia á clarear: mi compañera dormia todavia, y yo abrí la puerta del camarote, y me disponia á subir á cubierta, para admirar la salida del sol, pero el olor de la brea, de las pieles y de la salazon me incomodaba en tales términos, que hube de

renunciar á mi proyecto. Volví al camarote, y para que el aire puro de la mañana me refrescase, abrí una puertecita que daba al rio: una de las lanchas se encontraba allí mismo, y no pudiendo resistir á la tentacion salté á ella ligeramente. Durante algunos instantes disfruté un bienestar indecible: el agua límpida y brillante me envolvía con sus vapores; el cielo resplandeciente me calentaba con sus rayos, y ningun ruido humano turbaba mi éxtasis... las habia olvidado el destierro, y el porvenir amenazador... De pronto una ráfaga de viento agitó la lancha, y yo comprendí mi imprudencia: Hice esfuerzos para aproximarme al buque, pero no lo pude conseguir; llamé en mi auxilio y mi voz se perdió en el espacio... Por un movimiento desesperado me agarré á la cuerda que amarraba la lancha y me creí salvado. Con una mano me afiancé á la lancha y quedé suspendido en el espacio, sintiéndome sin fuerzas, anhelante y muerta de espanto. Al fin llegaron mis gritos desesperados al oido de un pasajero: era uno los mercaderes de harina, cuyo nombre no debo olvidar, pues me salvó la vida: se llamaba Korpamoff. Sin calcular el peligro, salté á la lancha, la aproximó al buque, y me cogió en sus brazos y me hizo subir sobre cubierta, donde caí sin sentido:

En este instante acababan de despertarse los pasajeros y la gente de la tripulacion. Un grito general exclamó: *¡Se ha ahogado una polaca!* Mi compañera, oyendo esos clamores, se precipitó hacia mí, y un apretón de mano le probó que no estaba muerta; pero en medio de estos acontecimientos llenos de peripecias y agonías, se produjo un incidente burlesco: la desesperacion del cosaco que tenia la mision oficial de guardarme de vista. El pobre hombre lloraba, se arrancaba los cabellos; elevaba los ojos al cielo, y me miraba con los ojos espantados... Conmovida al verme el objeto de una sensibilidad que nada tenia de rusa, encontré en mí bastante fuerza para decir al desgraciado cosaco: «Garcia por el interés que me demostrais; pero tranquilizaos: no moriré.—Mejor para vos, respondió; y sobre todo, mejor para mí. Yo respondo de vos, y si hubiéseis perecido, á mí, aunque inocente, me castigarían. En casos tales, no admite la autoridad circunstancias atenuantes.»

21 mayo.—Algunas horas de reposo bastaron á reponerme; mi buena naturaleza pronto se superpone á los males. ¡Qué apoyo tan poderoso es la juventud! ¿No lleva siempre la esperanza en el corazon?... Cuando se es joven puede padecerse... pero se piensa en mañana, y ese mañana siempre es sonriente. El tiempo no ha contribuido en nada á mi rápida mejoría: la atmósfera esta fria, brumosa, y en armonia con el pais que atravesamos... No se ven mas que tierras incultas, y á grandes distancias algunos alerces, cedros y abetos. El viento sopla con tal violencia,

que el buque ha tenido que echar áncoras... Llueve á torrentes... Al cabo de algun tiempo, continuamos navegando, pero la tempestad no ha pasado del todo; y la embarcacion, azotada por las ráfagas, sumerge en el rio tan pronto la popa como el bauprés.

Cuanto mas avanzábamos hacia el Norte, mas árido era el aspecto de la naturaleza. Estábamos en la estacion en que crecen los dias con tanta rapidez, que la puesta del sol dista muy poco de su nacimiento.

Después de Demiok, viene Samarow, que es el punto mas importante que hay entre Tobolsk y Berezow. En este sitio desemboca el Irtisch en el Obi: se ven parajes de la mas estraña magnificencia, y es preciso inclinarse ante la impenetrable voluntad de Dios que ha creado tan maravillosos contrastes.

25 mayo.—Al salir de Samara entramos en las aguas del Obi. ¡Inmenso y maravilloso espectáculo! El Irtisch no se confunde con el Obi, sino después de haber recorrido una gran distancia. Los dos rios antes de unirse, caminan paralelos: forman dos anchas fajas muy distintas, y conservan su color respectivo y su distinto aspecto. Las aguas de Irtisch, procediendo de las estepas kirgüisas son turbias y cenagosas; y las del Obi salidas de las montañas, puras y limpias, no obstante el color oscuro de la superficie.

Este último rio corre serpenteando por una vasta llanura, donde forma diferentes islotes que visten de verdura los sauces y plantas marinas.

Estábamos á fines de mayo, y sin embargo, el frio era aun bastante intenso: aquí tienen hojas los árboles; un poco mas allá ha conservado la naturaleza el estigma del invierno: por do quiera contrastes; y lo que uno tiene á la vista, no puede darle una idea de lo que verá mas adelante.

Nuestra navegacion nos condujo á lo largo del pais de los ostiakos, donde se encuentra una suerte de civilizacion, ó al menos algunos recursos que nos permitieron procurarnos víveres para el resto del viaje.

Los marineros que se encargaron de nuestras comisiones, nos dijeron que, si lo queríamos, nos seria fácil comprar una vaca por poco dinero: la oferta fue aceptada inmediatamente, y pronto nos vimos en posesion del excelente animal. Yo tuve el gusto de convidar á los pasajeros á tomar té y café, y todos se alegraron: hacia mucho tiempo que estábamos privados de esa buena costumbre.

Berezow.

En fin, el 31 de mayo, después de haber dejado el lecho del Obi por el del Sosia, su confluente, descubrimos una ciudad en direccion del Norte, y todos exclamaron: «¡Berezow, Berezow!» Después de quin-

ce dias de navegacion, llegábamos al término de nuestro destierro... Todos los pasajeros se agitaban: unos iban á volver á ver amigos; otros á realizar una fortuna; cada cual era dichoso á su manera; estos por lo que esperaban y aquellos por lo que iban á encontrar... No me entristecia por la felicidad de los demás; pero yo decia: «¡Para nosotros no hay nada que esperar!»

Para dar cierta solemnidad á nuestro desembarco, mandó el capitán que se dispararan tres cañonazos. «¿Dónde están los cañones?» pregunté á un marinero, pero éste no tuvo por conveniente contestarme; yo continué mis investigaciones, y acabé por descubrir en un rincón, un cañoncito que apenas tendria un pie de largo; en una palabra, un verdadero juguete. El objeto en cuestion, llenó sin embargo su deber lo bastante para advertir á los berezowianos.

Todos tenian prisa de desembarcar; empujábanse y se codeaban; y nadie pensaba en ceremonias ni en galanterías; pero nosotras permanecemos sobre el puente, mirando aquella agitacion como un espectáculo. Nuestro desembarco no podia verificarse sin la presencia de la autoridad; y por consiguiente vino el señor alcalde, y nosotras le seguimos, dejando nuestros equipajes á la guarda de Dios; pero nos aseguraron que podíamos estar tranquilas.

Por la parte del rio se ven dos iglesias cismáticas; una gran casa pintada de amarillo que domina sobre una elevacion; y algunas habitaciones de miserable apariencia, todas de un solo piso. Todo esto está guarnecido por un gran bosque de cedros.

A primera vista, creimos que la ciudad estaba de fiesta. Habia tanta gente en las calles, veíamos tantos trajes brillantes y tanto movimiento en torno nuestro, que no pudimos menos de preguntar si estábamos en una feria. Respondiéronnos que todo lo que veíamos era lo ordinario.

Después de haber atravesado aquella muchedumbre, llegamos á nuestra nueva morada, que se componia de dos piezas bastante claras y cuasi limpias: limpias á la vista, pero no al olfato. Era, pues, preciso ventilarlas, ventilarlas mucho, y á seguida caldearlas: se conocia que estaban inhabitadas largo tiempo.

La propietaria nos convidó á tomar té en su compañia, mientras se disponian las piezas para recibirnos, y nosotras aceptamos. Cierto que nunca debe abandonarnos la dignidad; pero la altivez, cuando, como á nosotras, se le arroja á uno en tierra estraña, á una falta; una cosa ridícula.

Como era víspera de San Pedro, se observaba la vigilia mas rigorosa; y el té que nos sirvió se resentia cruelmente de la abstinencia: sin leche, ni pastas, ni cosa que lo valga.

Yo pensé en la hermosa vaca que habia quedado